

# Hotel Madrepatria

YUSUF ATILGAN

TRADUCCIÓN DE MARIO GRANDE



[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

Título original:  
ANAYURT OTELI

Copyright © 1959, Yusuf Atilgan  
All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form  
without written permission from the publisher

Published by Gallo Nero Ediciones, S. L.  
in conjunction with AnatoliaLit Agency.

Primera edición: febrero 2018

© 2018 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2018 de la traducción: Mario Grande Esteban

© del diseño de colección: Raúl Fernández

Maquetación: Sergi Puyol

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-49-3

Impreso en España

Depósito legal: M-182-2018

# Hotel Madrepatria



Zebercet, gerente del Madrepatria, el hotel cercano a la estación, entró en la habitación donde había estado esa noche la mujer que había llegado hacía tres días, el jueves por la noche en el tren retrasado de Ankara, dio la luz, cerró la puerta con llave y se metió la llave en el bolsillo. Apoyó la espalda en la puerta y echó un vistazo. Estaba todo tal como lo había dejado la mujer: la colcha tirada al pie de la cama, la sábana arrugada, las zapatillas, la silla, la lámpara de la mesilla a la cabecera de la cama, dos cigarrillos apagados a la mitad en el cenicero de cobre, la tetera en la bandeja, el colador, el vaso de té, la cucharilla, los cinco azucarillos en un platillo (seis azucarillos le había puesto esa noche puedo tomar un té preguntó al entrar en la habitación le había preparado el té en una tetera para tres vasos había llamado a la puerta con la bandeja en una mano estaba sentada al borde de la cama sin el abrigo jersey negro collar con grandes cuentas de plata *lo miró* disculpe la molestia preguntó cómo se iba a ese pueblo en ese caso haga el favor de despertarme a las ocho dijo como si tal cosa que no tenía carné de identidad... Había notado el olor al entrar en la habitación a la mañana siguiente de haberse ido ella; había cerrado la puerta enseguida; ella se había ido sin apagar la luz. Pasó revista a la toalla a los pies de la cama de hierro, la sábana arrugada, las zapatillas, la silla, la lámpara de la mesilla a la cabecera de la cama, los dos

cigarrillos apagados a la mitad en el cenicero de cobre, la tetera en la bandeja, el colador, el vaso de té, la cucharilla, los cinco azucarillos en el platillo: «Toma el té con azúcar». Pero el olor se había desvanecido; quizá hubiera desaparecido la noche antes; aunque, desde la marcha de la mujer [esa mañana tras dejar en el suelo el maletín de piel para abrir el bolso preguntó cuánto le debo quédese con el cambio las manos sin anillos muchas gracias por el té también tomó la maleta y se fue] la puerta había estado cerrada, con la cerradura echada y la llave en su bolsillo; solo que luego de haber esperado todo el día, con los huéspedes ya de vuelta, después de haber cerrado y atrancado la puerta de la calle [llamaron al timbre y fue a abrir el abrigo desabrochado el maletín en la mano el bolso colgado al hombro tiene habitación fue a coger una llave del casillero] había estado apagando la luz del salón y entrando las tres noches en la habitación), la toalla que la mujer había olvidado a los pies de la cama de hierro, la cortina granate con borlas de hilo de plata, el espejo redondo adornado con dos flores colgado de la pared encima del lavabo (donde se había visto la cara la mañana de la partida de la mujer; todo tirando hacia abajo en la cara; los extremos de las pobladas cejas, las comisuras de los labios, la nariz. La contempló un buen rato; aun cuando se afeitaba tres veces a la semana. El bigotito recortado. Esta era la cara que la mujer había mirado esa noche [al retirarse, después de dejar la bandeja del té, para volver a cerrar y atrancar la puerta de la calle y poner el despertador a las seis, aunque solía levantarse a esa hora todas las mañanas; apagó la luz; pasó por delante de su puerta reloj en mano, salió sin hacer ruido por las escaleras de linóleo a una de las dos habitaciones que había en el ático <la habitación de la mujer de la limpieza; huele a sudor. Duerme mucho, se acuesta muy

temprano. Por las mañanas la zarandea para despertarla. Muchas noches entra en esta habitación y se acuesta junto a ella. Para que no la moleste mientras duerme ella se acuesta sin ropa interior y con las piernas entreabiertas. No se despierta cuando la acaricia ni siquiera cuando se le pone encima. A veces le muerde un pecho; ella dice en sueños «Ay, perro» o «Fuera, perro». Al quitarse de encima le limpia ahí con un pañuelo y esta vez entró en la suya; puso el despertador junto al cabecero de la cama y se acostó. Al poco rato se incorporó cuando la cama retembló a causa de un coche que pasaba por la calle: había olvidado lavarse los pies. Se los lavaba todas las noches antes de acostarse. Se levantó, fue a lavarse los pies y volvió; estuvo sentado un rato al borde de la cama. «Y si no ha cerrado la puerta con llave y alguien la abre por error...» Se vistió y salió. Bajó por las escaleras sin hacer ruido y se detuvo ante la puerta de la mujer. El agujero de la cerradura estaba oscuro; esperó conteniendo la respiración, con el corazón desbocado. Parándose a cada poco, fue girando el pomo redondo y resbaladizo en el sentido de las agujas del reloj, tanteó la puerta con el hombro: estaba cerrada con llave. Su respiración se apaciguó. Volvió a girar despacio el pomo hacia la izquierda parándose a cada poco y lo soltó. Subió lentamente las escaleras; entró en la habitación de la mujer de la limpieza, dio la luz. La colcha estaba inmóvil; por debajo sobresalían sus grandes pies, con las plantas negras. Apagó la luz, salió y cerró la puerta. Entró en su habitación y se acostó sin desvestirse; después de toda la noche en vela el despertador podía fallar, quizá podía quedarse dormido] y esa mañana. Hacia las ocho puso el agua para el té en el hornillo de alcohol. A las ocho en punto se presentó a la puerta, la dejó dormir un poco más; llamó a la puerta. «Sí, ya me levanto.» Preparó el té. Se

ajustó el nudo de la corbata, se sentó en la butaca. Tenía delante el voluminoso libro de registro. Ya no podía preguntarle cómo se llamaba, si se iba a ir. Había cerrado al salir la puerta de la habitación y se estaba acercando: cabellos negros, abrigo marrón sin abrochar, medias negras tupidas, zapatos de tacón bajo. Después de dejar en el suelo el maletín de piel preguntó «¿Qué le debo?» mientras abría el bolso. «Quédese con el cambio.» Las manos sin anillos, las uñas largas rosa pálido. «Muchas gracias, también por el té.» Tomó la maleta y se fue. Cuando la mujer salía por la puerta, entró aquel hombre con una maleta en la mano. El rostro como sin huesos. «¿Tiene habitación?» «Sí.» «Que sea una habitación buena, por favor. La que ha dejado la mujer que se ha ido...» «No ha dejado la habitación, señor, se va a quedar más tiempo.» «Bueno, pues otra.» Sacó del bolsillo el carné de identidad y lo puso encima del libro de registro. «¿Profesión?» «Ponga oficial retirado.» Tomó una llave del casillero y se la alargó: «La número dos, en el segundo piso, subiendo por la escalera a la izquierda». El hombre había pasado los tres últimos días sentado tarde y noche en un rincón del salón leyendo libros y periódicos. Fumando. Mirando de reojo cada vez que se abría la puerta. Por la noche subía a su habitación pasadas las once. Ayer por la noche, mientras vaciaba el cenicero que le había dejado al lado, pareció que iba a preguntarle algo, pero no lo hizo. Lo preguntó esta noche. Volvió tarde y, al llegar, se paró ante él. Olía a aguardiente. Le miró a la cara. «Le sienta bien el bigote.» ¿Estaba bromeando? Esta mañana no había podido quitárselo al afeitarse. Sonrió. «¿Se ha ido esa mujer de la habitación?» «¿Qué mujer?» «La de la mañana que llegué yo, el viernes por la mañana, en la puerta...» «Ah, esa. Ya se ha ido, señor. Ayer por la mañana.» «¿Que se ha ido? ¿A dónde?» «No dijo



nada. No lo sé.»), la toalla del hotel en un colgador a la derecha del espejo, la tulipa de la lámpara colgando de un tubo de plomo en el techo, el cuadro bien enmarcado que había en la pared de la derecha: una mujer de anchas caderas y pechos grandes tendida entre tules en un amplio diván decorado, flanqueada por sendas jóvenes negras medio desnudas con abanicos en las manos. «Contempla el lucimiento de una concubina del colonialismo aquel», había dicho el Dentista. Hacía mucho tiempo que su padre lo había comprado un día en el rastro, lo había traído y lo había colgado aquí. «Hijo mío Zebercet, cuando yo muera no le des esta habitación a cualquiera. En todo hotel hace falta una habitación así.» Apartó la espalda de la puerta, dio unos pasos hasta quedar delante del cuadro; estuvo contemplándolo un rato. Al volver al espejo se oyó ruido procedente de la habitación de arriba que ocupaba aquel hombre. Aguzó el oído: crujidos del entarimado, murmullo de agua. «Se estará lavando la cara. ¿Habrá vomitado?» Cesó el ruido. Se miró en el espejo: el bigote seguía en su sitio, pero la nariz le había quedado un poco alta. Dio media vuelta y fue derecho a la cama; al llegar a la mesilla se detuvo. Había manchas negruzcas en la funda de la almohada. ¿Qué habría ido a hacer a ese pueblo? Sintió flojera en las rodillas; alargó el brazo a los pies de la cama de hierro, tomó aliento; echó a andar. Abrió la puerta sin quitar la luz y cerró con llave al salir. Un hombre roncaba en la habitación doble del segundo piso mientras él subía por las escaleras. Apagó la luz del rellano del tercer piso; se detuvo a la puerta de la número seis, aguzó el oído; no se oía nada. Cuando llegó al ático se topó con un par de ojos brillantes a la altura del suelo: era el gato del hotel.